

CANNES, 64

Por JOSE MONLEON



«La niña de luto», de Manuel Summers, participación oficial española en Cannes.



«Los felices 60», de Jaime Camino, fuera de concurso y recomendada por la crítica.



«Sedotta e abbandonata», de Germi. Un excelente film... si no existiera ya «Divorcio a la italiana», sobre cuyos caminos reincide sin aquella espontaneidad y gracia.

germi contra truffaut

La primera etapa del Festival ha enfrentado a los dos nombres previstos: Truffaut («La peau douce») y Pietro Germi («Sedotta e abbandonata»). Es ya una tradición de Festivales. Italia contra Francia, aunque, a veces, sean terceros países quienes se lleven el gran premio.

La verdad es que este año bien podría suceder, porque «La piel dulce» es una película de gran solidez formal, pero, en muchos aspectos, fallida, y «Seducción y abandonada» es inferior a «Divorcio a la italiana», sobre cuyos caminos reincide Germi sin la espontaneidad y gracia del primer tratamiento del tema. Frente a la unidad crítica y la frescura de «Divorcio a la italiana», su nueva película aparece un tanto deslavazada, como apoyándose en anotaciones —Sicilia, las pueriles y terribles contradicciones de su «código del honor», la explicación retórica de las represiones sexuales, etc.— que no hubiesen sido utilizadas en aquella. El éxito de «Divorcio a la italiana» jus-

tifica, comercial y hasta sentimentalmente, esta vuelta al mismo lugar, pero, para mi gusto, el film queda, en la obra de Germi, como una reiteración.

En cuanto a «La peau douce», es una profunda rectificación de «Jules et Jim». Esta vez, Truffaut se ha aplicado a contar la historia, sin más preocupación que profundizar en la psicología de los tres personajes del adulterio. Lo peor de la película es que, por tratarse de un «estudio de conductas», el realizador ha de imponerse la obligación de ser convincente. Y la verdad: no lo es. Hay un peso melodramático, decisivamente acusado en la última parte del film, cuando la esposa, al tener pruebas del adulterio del marido —que ha decidido abandonarla—, lo mata con dos disparos de carabina. Truffaut se esfuerza para justificar esta decisión. Pero ocurre que, siendo una reacción excepcional y patológica, una historia de la página de sucesos —el hecho ocurrió realmente, en París, hace un par de años—, el realizador se encuentra en la difícil tesitura de querer mostrar como razonables y cohe-

rentes una sucesión de actos cuya causalidad es, en muchas ocasiones, irracional.

De estas películas hablaré en la próxima crónica, dentro de una revisión general del Festival. Pero no he querido soslayar, ahora, este primer comentario, siendo como son los dos films más discutidos y resonantes de los proyectados.

Una situación

¿Festival mediocre? Yo no veo tan claro este hecho, que para algunos resulta evidente. Lo que ocurre, a mi modo de ver, es que el cine se encuentra en un momento de saturación formal y, paralelamente, de crisis de espectadores. Ha habido —y la televisión y el aumento del nivel de vida han influido en ello— una disminución de los públicos y una subida de costes, en el mismo momento en que la gran minoría de realizadores cinematográficos inteligentes se esforzaba por hacer un cine adulto. Hay, pues, un desconcierto. No parece clara cuál sea la estructura mercantil de un cine inmediato.

Cuando uno ve «Goldstein», película americana independiente, llena de ideas, emparentada con una serie de manifestaciones del teatro, la poesía y la novela americana modernas, y la compara con el cine formalista de la mayor parte de los directores de

Hollywood, la distancia es tan larga, tan enorme, que uno comprende que el viejo patrón del «cine que hay que hacer» —para ganar dinero, o para cualquier otro objetivo preciso dentro de la normalidad industrial— ha sido pulverizado.

Cannes, al margen de la mayor o menor calidad de sus películas, está testificando una situación que empezó hace ya algunos años, y en la que los comienzos de la Nouvelle Vague, la escuela italiana y la «caída» de Hollywood, han sido los datos más espectaculares. Viendo el Festival, uno saca la impresión de que un ciclo está cerrándose. Aunque, naturalmente, la etapa pueda durar varios años...

Nuestra película

El cine español ha presentado dos películas. Una en la competición oficial: «La niña de luto», de Manuel Summers. Otra, en un cine marginal, fuera de todo concurso: «Los felices 60», de Jaime Camino. (También «Los Tarantos» se ha proyectado en el Mercado del Film.) No tenemos película en la Semana Internacional de la Crítica, cosa que resulta bastante sorprendente, en una fase del cine español caracterizada por los comienzos de una serie de directores.



«La pasajera», de Andrzej Munk, presentado por Polonia. El film ha sido montado después de la muerte de su realizador, sobrevenida al final del rodaje.



Ana Bancroft y Peter Finch en el film «The pumpkin eater», de Jack Clayton.



«La peau douce», de Truffaut, una película calificada para figurar en el Palmars.

«La niña de luto» ha sido acogida con simpatía. Empleo el mismo término que he encontrado en numerosas referencias de prensa. Ha interesado el sentido crítico del film —que perpetúa la tradición de las películas de Bardem y Berlanga—; ha defraudado su ligereza, el tono epidérmico del tratamiento y una serie de concesiones músico-sentimentales, entre las que, sin duda, la más grave es la del final. Pero, remitiendo la crítica al número próximo, quiero señalar que el papel de Summers ha sido airoso y que al film —pese a ir, lamentablemente, programado el mismo día que el de Truffaut— se le han

dispensado muchos comentarios francamente halagüeños.

Estrellas

¿Estrellas? Ahora ya no vienen para estar aquí unos cuantos días, como, al parecer, sucedía antes. Las pocas que vienen están sólo la jornada del estreno. Y luego desaparecen. Esta dimensión publicitaria del Festival —como sucede desde hace varios años en todos los festivales— ha sufrido un cambio profundo. Interesa que vengan los realizadores para que hablen de sus películas, e interesan las estrellas sólo para ayudar al lanzamiento de sus films. Pero la «literatura heroica» de los festivales ha pasado de moda.